

Manuel Barrios

El último virrey

Queipo de Llano

Edición revisada y actualizada

Con prólogo de Francisco Espinosa Maestre
y epílogo de Manuel Barrios Casares

el paseo, 2023

Derechos reservados © Herederos de Manuel Barrios Gutiérrez, 2023
© del prólogo: Francisco Espinosa Maestre, 2023
© del epílogo: Manuel Barrios Casares, 2023
© de esta edición: EL PASEO EDITORIAL, 2023

www.elpaseoeditorial.com
Colección Memoria

1.ª edición en EL PASEO EDITORIAL: abril de 2023

Diseño y preimpresión: EL PASEO EDITORIAL
Maquetación y cubiertas: Jesús Alés
Corrección: EL PASEO EDITORIAL
Impresión y encuadernación: Gráficas La Paz

I.S.B.N. 978-84-19188-27-4
DEPÓSITO LEGAL: SE-600-2023
CÓDIGO THEMA: DNB, NH

No se permite la reproducción, almacenamiento o transmisión total o parcial de este libro sin la autorización previa y por escrito del editor. Reservados todos los derechos.

Impreso en España

Contenido

Prólogo, Francisco Espinosa Maestre • 9

El último virrey. Queipo de Llano

Dos palabras

(Prólogo a la edición de 1990) • 21

Preludio en el Pardo • 23

1. Toque de vísperas • 27

2. La irresistible querencia del Salmón • 45

3. A cara o cruz • 55

4. Los errores que ganaron una guerra • 73

5. El retablo de maese Cuesta o el mentir de las estrellas • 87

6. El sombrío placer de los dioses • 99

7. ¡Buenas noches, señores! • 145

8. De vocación, virrey • 181

9. Último tercio: 1. La cogida / 2. La muerte • 197

Epílogo, Manuel Barrios Casares • 215

Manuel Barrios y *El último virrey*: una evocación • 215

Adenda: del encuentro entre el último virrey
y el Pasmó de Triana • 222

Bibliografía • 225

Otros libros consultados • 229

Prólogo

Barrios tuvo el mérito de exponer muy pronto tres ideas básicas: que Sevilla no se tomó con un puñado de soldaditos, que los golpistas contaron con la complicidad de Villa-Abrille y que el cerebro del golpe en Sevilla fue el comandante José Cuesta Monereo.

FRANCISCO ESPINOSA
La justicia de Queipo, 2005, p. 29

La reciente salida de los restos de Queipo y del auditor Bohórquez de la basílica de la Macarena tras años de presión del movimiento promemoria ha traído de nuevo a la actualidad la figura del militar que encabezó el golpe de julio de 1936 en Sevilla y otras zonas del sur. La particularidad de este hecho es que, frente a otros momentos anteriores en que los admiradores y los detractores debatían periódicamente sobre Queipo, ahora sí contamos con abundante información sobre el personaje. *El último virrey* de Manuel Barrios, publicado en 1978, apareció en un momento intermedio de este proceso en el que recogió lo que venía de la historiografía franquista y los primeros trabajos de corte generalista sobre la guerra civil realizados por lo general desde fuera de España. Han pasado pues cuarenta y cinco años entre las dos ediciones.

Decir Queipo remite directamente a la terrible represión habida en el sur entre 1936 y 1945, momento que vendría a cerrar el ciclo abierto nueve años antes por más que la aniquilación del movimiento guerrillero se prolongara hasta los años cincuenta. Pero esto lo hemos ido sabiendo con el tiempo gracias a la posibilidad de acceder a ciertos archivos a partir de la década de los ochenta. Hay que tener en cuenta que la dictadura fue siempre consciente de la masacre llevada a cabo, «el secreto mejor guardado del franquismo», y de que había que ocultarla por todos los medios posibles o simplemente destruir la documentación generada en aquel proceso. Hasta tal punto es así que tras más de cuarenta años de intentar adentrarnos en las consecuencias del golpe

Barrios fue el primero que dedicó un espacio importante antes de Ian Gibson a las charlas de Queipo, una mezcla según él del placer por la represalia, la publicidad del terror, la desproporción entre el supuesto delito y el castigo, y el desprecio absoluto por el enemigo, todo ello adobado con altas dosis de humor negro, machismo, chismorreo y mentiras. A estas alturas seguimos sin conocer los textos originales de dichas charlas, que antes de ser entregadas a la prensa eran limpiadas por Cuesta y su equipo de todo tipo de barbaridades, algunas de las cuales resultaban repugnantes incluso para la derecha. Según algunos testimonios, como el del periodista Eduardo Haro Tecglen, que llegó a verlas en Tánger, dichas copias existieron pero no han llegado a nosotros.

Finalmente, por lo que se refiere a los historiadores que comenzamos a investigar lo ocurrido en el sur en los años ochenta, debo decir que la obra de Barrios fue importante, como quedó plasmado en mi trabajo «Sevilla, 1936. Sublevación y represión» o en *La justicia de Queipo*² y en las citas referidas al mismo autor existentes en buena parte de mis investigaciones. Añadiré también que llegué a hablar con él por teléfono en los primeros ochenta para que me informara de algunos de los libros que utilizó, lo cual hizo amablemente. Concluyo a modo de resumen con unas palabras suyas. Según parece, en sus últimos momentos Queipo «perdonó a sus enemigos» y pidió perdón a aquellos a los que había podido hacer daño, a lo que Manuel Barrios añadió: «... qué pena que sean tantas las víctimas de ese daño».

FRANCISCO ESPINOSA MAESTRE
Sevilla, diciembre de 2022

² El primero de ellos incluido en *Sevilla, 1936. Sublevación fascista y represión*, Ed. Muñoz Moya y Montraveta, obra coordinada por Alfonso Braojos Garrido (1990) y el segundo publicado primero en autoedición (2000) y posteriormente por Crítica (2005).

El último virrey

Queipo de Llano

A la inextinguible memoria de Blas Infante, Precursor del Ideal Andaluz—ideal andaluz él mismo—, que fue crucificado por amor el 11 de agosto de 1936, muerto y sepultado. Y resucitó, después de cuarenta y dos años, en una luminosa mañana blanca y verde.

... Pero, hasta el fin, sobrevivirán los apóstoles. Siempre, mientras el hacha del verdugo tenga filo, encontrará la cabeza de un apóstol aguardando reposada sobre el tajo de la muerte.

BLAS INFANTE
El ideal andaluz

Dos palabras

(Prólogo a la edición de 1990)

No sé si este es mi mejor libro —ni siquiera si tengo un libro mejor—, pero sí que es el más pacientemente trabajado, no solo por el acopio documental en que se basa, sino por haber pretendido en él un equilibrio que condujera a una visión lo más imparcial y objetiva posible. Por supuesto, que en un país como el nuestro, de pasiones encontradas, resulta ilusorio cualquier empeño en este sentido, siempre entre dos fuegos: el de los que esperan una diatriba sin la más mínima concesión a la duda y el de quienes aguardan una apología encubridora de pecados capitales. Aun así, al escribirlo procuré en todo momento la ecuanimidad y por eso en esta edición —transcurridos diez años de la primera— he querido revisarla prescindiendo de ciertas adjetivaciones de apariencia partidista y de algún hecho insuficientemente contrastado.

El último virrey salió a la luz, por primera vez, en 1978 y, por fortuna, obtuvo una generosa acogida del público lector, así como de crítica, excepto en dos casos significativos: dos casos que, por razones inconfesables y rastreras, quisieron ahogar los elogios alegando que esta obra no aportaba nada al tema, cuando precisamente es la única que allega conclusiones y datos inéditos, con toda la dificultad que ello entraña, tales como el papel de la radio en la preparación del golpe, las razones de la enemistad Queipo-Franco, la torcida intención de Mola enviando a Queipo de Llano al fracaso, la revelación del misterio Villa-Abrille, la verdad sobre los efectivos con que contó el general para el levantamiento, la secreta identidad del «cerebro gris», Cuesta Monereo...

Por otra parte, no creo que de esta crónica deba extraerse el juicio conducente a la sentencia contra una persona, sino contra la guerra, como culpable primera y última de la sangre, capaz de despertar, no en un hombre, sino en todos los hombres, la fiera que llevamos dentro.

Finalmente, este libro plantea algunas hipótesis que, como tales, pueden ser más o menos discutibles. Solo añadiré al respecto que,

informado de fuente muy directa y rigurosa, me consta cuáles fueron las palabras del general Cuesta Monereo al acabar la lectura de *El último virrey*: «La obra de Barrios es un libelo, pero tiene razón en lo que dice».

Quiera Dios que hoy, superado el medio siglo de tragedia, quien se acerque a estas páginas lo haga sin rencor ni malas pasiones, con la mano abierta y el corazón limpio.

Preludio en el Pardo

Sus dotes de valor personal, y su espíritu de militar y de patriota, han sabido escribir la página gloriosa de los momentos más críticos, cuando Sevilla representaba el primer escalón del triunfo... Y eran horas en que Queipo de Llano actuaba de Guzmán el Bueno.

FRANCISCO DE COSSÍO¹

Toda la personalidad, cruel, bufonesca y satírica, pero maravillosamente viva y auténtica, llegaba a través del micrófono... Pero hay que explicar, como justificación de sus retransmisiones —las cuales, además, debido al miedo y a la indignación que causaban, contribuyeron tanto a provocar represalias en el otro lado—, que Queipo, con un puñado de tropas de dudosa lealtad, estaba conteniendo a una población hostil y se sentía obligado a gobernar por el terror. Pero no le disgustaba hacerlo, porque era un sádico por naturaleza, y las ejecuciones continuaron durante meses sin interrupción cuando su posición estaba asegurada.

GERALD BRENAN²

La carta, fechada el 18 de julio de 1950, es demasiado extensa y no hay tiempo que perder en sus veladas acusaciones cuando apenas faltan cinco minutos para que llegue, como todas las tardes, el eficiente y puntualísimo Lorenzo Martínez-Fusset, teniente coronel auditor, con su voluminosa carpeta bajo el brazo.

¹ Francisco DE COSSÍO, *Hacia una nueva España. De la revolución de octubre a la revolución de julio. 1934-1936*, Valladolid, Editorial Castilla, 1936.

² Gerald BRENAN, *Memoria personal (1920-1975)*, Madrid, Alianza Editorial, 1976.

Se ensancha, comprensiva y servilona, la sonrisa del *ayudante eterno*, Franco Salgado-Araujo. La mano blanda, siempre sudorosa, del *Centinel de Occidente* reclama con un ademán desmayado los diez folios, cosidos con una grapa en el ángulo superior izquierdo.

Mi querido general y amigo:
Aun cuando mi cabeza no esté firme todavía...

La mirada recelosa del Caudillo se detiene en algunos párrafos. La breve lectura, a saltos, dibuja un esguince agotador en sus labios de aldeana:

... Mi determinación comenzó a formarse en mí el día en que me convencí de que la justicia inmanente en España no había de modificarse con respecto a mí y, sobre todo, que no se aplicaría en mi caso la justicia distributiva, que previene que las recompensas y los castigos deben ser aplicados en proporción a los méritos contraídos o a las faltas cometidas. Abrigo la creencia que ninguno de tus inferiores tuvo la suerte de encontrar ocasión para realizar hechos semejantes a aquellos que tuve la suerte de poder realizar...³

Es la hora del café. Los habituales del rito guardan un reverente silencio ante el hombre providencial, a quien conversos como Pérez Madrigal definen «libertador de la Patria, restaurador del Derecho, distribuidor de la Justicia, regulador tutelar de la riqueza, del amor, del bien, el Vencedor, el Fundador, el Justiciero y el Magnánimo»⁴.

Serrano Suñer —«Jamón Serrano» en los femeninos coros casamenteros de Zaragoza— recordará, muchos años después, la sonámbula liturgia:

Martínez-Fusset despliega su cartera y va extrayendo las sentencias que ya en ultimísima instancia se elevan a Franco. La famosa *petición de clemencia al Caudillo*. El misterioso militar jurídico va leyendo nada más que el nombre, la edad y la profesión del condenado. A veces

³ FRANCISCO FRANCO SALGADO-ARAUJO, *Mi vida junto a Franco*, Barcelona, Planeta, 1977.

⁴ JOAQUÍN PÉREZ MADRIGAL, *Tipos y sombras de la tragedia*, Ávila, Sigiriano Díaz, 1937.

Franco, sin levantar la cabeza de los papeles que repasa con Serrano Suñer, pregunta:

—¿Partido político?

Tras la respuesta de Martínez-Fusset, el propio Caudillo apunta:

—Garrote o fusilamiento.

Y firma, desentendiéndose del tema.⁵

Lo normal, sin embargo, es que escriba en el margen: «Garrote y prensa», para que la difusión del castigo resulte ejemplar.⁶ Y también, confirmando una última pena, el lacónico: «Enterado». El capellán de Su Excelencia, José María Bulart, se permite un chiste, macabro y escueto: «¿Enterado? Enterrado»⁷.

Pero el pensamiento del «Caudillo por la Gracia de Dios» (según Ley de 27 de diciembre de 1947) no está en el pliego que firma ni en la apostólica ocurrencia del padre Bulart, sino en esa carta esperada durante años, satisfacción íntima de una venganza casi satisfecha:

Creo que el delito cometido por el general Varela,⁸ del que hablo anteriormente, lo cometió para vengar desde el ministerio, agravios que decía recibidos de mí. No debía tener tal creencia muy arraigada, porque, en otro caso, tenía, para reivindicarlos, el ancho campo que ofrecen los tribunales de justicia, o aquel otro, mucho más ancho, al que concurrían los caballeros...

Y al final:

Te ruego creas en la sinceridad con que agradezco tu deseo de honrarme con la concesión del título y quedo tuyo, incondicional buen amigo y subordinado.

Queipo de Llano⁹

⁵ Daniel SUEIRO y Bernardo DÍAZ NOSTY, *Historia del franquismo*, Madrid, Ediciones Sedmay, 1977.

⁶ Ramón GARRIGA, *Las relaciones secretas entre Franco y Hitler*, Buenos Aires, Jorge Álvarez Editor, 1965.

⁷ Daniel SUEIRO y Bernardo DÍAZ NOSTY, ob. cit.

⁸ Firmar el decreto de concesión de la Medalla Militar al general Saliquet.

⁹ FRANCISCO FRANCO SALGADO-ARAUJO, ob. cit.

El Caudillo reprime un rictus crispado. El desprecio con que Queipo «agradece» el título nobiliario viene, en cierto modo, a malograr la sutileza de su desquite. Claro es que siempre ríe mejor quien ríe el último.

Lo que Franco —«la espada más limpia de Europa»— no sospecha es que no será él, sino Queipo, el último en reír. Aunque nadie pueda oír esa risa, ahogada bajo una losa en la basílica de la Esperanza Macarena —Sevilla estremecida aún en el temblor de tierra—, el 10 de marzo de 1951.